

Santiago, 13 de Noviembre de 1951.
Señor don José Ferrater Mora.
Bryn Mawr.

Mi querido y siempre recordado amigo:

¡Al fin me siento a escribirle, a hacer real el monólogo mental que, hace casi un año, he dirigido a Ud. día a día y desde muy variados sitios! ¿Qué me ha pasado, que no he podido darme satisfacción y acallar el constante remordimiento? Necesitaba acercarme a Ud. por el deseo desinteresado de comunicación, y también por la convicción de que una amistad que no se expresa va creando un silencio en que puede languidecer. Y eso yo no lo quiero, dados los vínculos que con Uds. creamos Marta y yo.

¿Qué me ha pasado? ya Ud. sabe algo: viajé, y el viajar supone tal masa de sensaciones externas, que lo interno se traba en un remolino y no encuentra quietud para salir. Tanto más para un ser poco dotado, como yo, para mudanzas. Y todavía: viajamos en auto todo el tiempo, cinco meses, que duró nuestro recorrido de España, Marruecos español, Francia, Bélgica, Holanda, ribera occidental del Rhin y Suiza; y el auto nunca quiere estar en reposo, y desde la puerta del hotel o su garage, clama por irse y llevarnos, no importa hacia dónde. Verdad que, después de viajar así, se encuentra ineficaz cualquiera otra manera de viajar: la vía férrea corta en dos los países y se lleva al viajero por una faja de intersección de donde la naturaleza queda excluida y donde sólo reina la mecánica humana. el camino, aunque factura humana, hace unitario el paisaje y muestra la fisonomía total de los países; y en el ferrocarril se es conducido y cesa el libre albedrío, y en el coche se puede ejercitar la libertad, y hasta el capricho. La Europa que vimos en este viaje parece no tener nada que ver con la Europa de nuestros viajes anteriores: nos fundimos en su relieve y en sus perspectivas, y ella parece haberse fundido en nosotros.

Hablemos primero de España: por allí comenzó el viaje, y en Madrid nos dejó el avión Iberia salido treinta y tantas horas antes de Buenos Aires: ¿cómo nos deforma y conforma la época a que pertenecemos! también el avión, experiencia nueva para nosotros, se nos impuso como la insustituible manera de trasladarse, cuando se busca traslado y no descanso; para el descanso, el vapor. Y el avión español, si bien de aspecto algo más anticuado y modesto que los de otras grandes líneas, conquista por estar en manos de españoles, que crean un ambiente amable, sencillo, familiar, sin contar con que va en manos tan expertas y seguras como las de otras líneas preferidas por los viajeros corrientes.

Y tengo que hablar primero de España, porque, y es cosa natural y forzosa, el chileno impregnado de tradición y enamorado de ella penetra en el alma de España más hondo que en la de ningún otro país: con excepción de la salud de Marta, que llegó alterada y le ocasionó dolores y tratamientos médicos -fenómenos de artritis al cuello que exigieron aplicación de rayos X- y nos obligaron a prolongar hasta un mes los diez días que destinábamos a Madrid, todo en esta ciudad nos resultó acogedor y propicio. Encontramos amigos, María Baeza, ante todo; Margarita de Pedroso; Francisco Cossio, el pintor a quien ya habíamos visto con frecuencia anteriormente en París; miembros de la Real Academia de la Historia a quienes fui presentado en dos sesiones a que asistí; Dalmiro de la Válgoma, amigo y corresponsal de muchos chilenos amantes de la historia, y secretario del Museo Naval; su mujer, novelista gallega; por medio de ellos y en sus casas, ¿cuántos más! Hablé con republicanos -para eso, la casa de María Baeza, principalmente-; con monárquicos, que los hay en todas las clases sociales y en todos los ámbitos; con escépticos inveterados (sin haber sido nunca barojista, acepté la invitación de María, y fuimos una tarde a la curiosísima tertulia de don Pío, y nunca cesaré de congratilarme de ello, ni olvidaré la atmósfera de bondad e inteligencia que irradiaba la personalidad de Baroja hacia sus visitantes).

En cuanto al paisaje, nada responde mejor a mi temperamento que la desnudez de la meseta castellana, esa admirable síntesis de escasos elementos -luz, matiz, ondulación, nubes, y contraposición de sombras densas y, en partes, de coloridos recios-; en la meseta, el espíritu se expande en horizontalidad y es igualmente solicitado a la elevación. Y saliendo de la meseta, las sierras admirables, la cordillera cantábrica, los valles ricos de Andalucía. El tiempo, restado por la permanencia en Madrid, no nos dió para llegar a Cataluña, donde nos habríamos sentido más cerca de Ud.

La visita a Tánger y a Tetuán, si no nos dió espectáculos de la naturaleza tan impresionantes como los de España, nos mostró el paisaje humano del mundo árabe, inverosímil por desconocido cuando lo miramos en fotografías o en el cine; impenetrable para quien lo observa en la realidad, pero atrayente en grado sumo por su abigarramiento y por la perduración en él de figuras, ropajes, expresiones y costumbres que uno ha encontrado solamente en los milenarios textos religiosos.

Pero este no es un texto de viaje, ni memorias de viajero: en resumen, y después de España, recorrimos todo el perímetro de Francia, hicimos rápida pero suficiente visita a Bretaña, de la cual conservamos emocionante recuerdo, estuvimos en el extraordinario sitio del Mont Saint Michel; después de la dulzura del paisaje francés tan contrapuesto al español, permanecemos dos días en Brujas, y atravesamos Holanda, fina e intelectualizada en su tierra y en sus pobladores. La región del Rhin, de la cual tratábamos de escapar cuanto antes, a pesar de su gran belleza, nos mostró sólo ruinas y ceños oprimidos.

Bueno, llegamos a Chile a comienzos de Agosto, y aquí he seguido vida agitada: fui por tres días a San Felipe, y me cogió una grippe muy fuerte que me retuvo casi un mes, parte en cama parte de un sillón a otro, incapaz de actuar, de leer, ni de pensar. Volví después llamado por encargo de mi administrador; estuvo él enfermo dos meses, y yo debí pasar otro mes a cargo de todos los trabajos, levantándome de madrugada y acostándome rendido. En suma, de tres meses que en Chile llevamos, dos he pasado enfermo o agricultor.

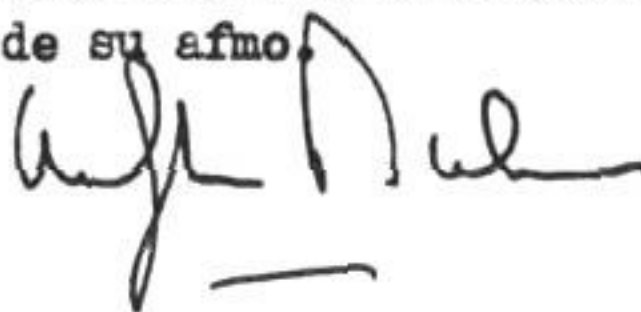
Somos ya abuelos; tenemos una nieta encantadora, de expresión personalísima y consciente, nacida a principios del año.

Hasta la fecha, el segundo tomo de Errázuriz es un proyecto casi sin bosquejo; los párrafos anteriores le harán ver si ha sido posible concentrarme en su preparación; la demora en escribirle a Ud. también le hará ver que todo se me ha trastocado.

Pero en fin, espero que el huracán de movimiento cesará para mí, y vuelva yo a la calma para la cual nací.

Acabo de tener una satisfacción, que no es de vanidad: la Sociedad de Escritores premió uno de mis artículos mandados desde Europa a El Mercurio, con el premio Camilo Henríquez destinado al mejor artículo de prensa de cada trimestre; y ese artículo era precisamente el que dedicaba a expresar, en mi despedida a España, el amor a la tierra madre. Hablar de España con amor, por la prensa, es hoy día en nuestros países cosa no cotidiana; la satisfacción que he sentido es por haber pagado mi deuda personal, y haber hecho con ello acercamiento.

Corto aquí porque siento dentro un borbotón de temas, para los cuales no habría espacio suficiente ni en el papel ni en Ud. Salude con afecto sincero a René; dé un cariño a Jaime, y Ud. reciba los recuerdos de Marta y de su afmo.



P.D.- Nuestra dirección será la misma hasta Marzo próximo inclusive; la casa de Costanera nos la devuelve el arrendatario el 1º de Abril.